

Awon Baba

Teresa Cárdenas



FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

*A mi amigo fiel.
Para mis hijos,
por la memoria imborrable de nuestros ancestros...*

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

*“[...] ¿A la memoria le falta realidad,
a la realidad le falta memoria?
¿Qué hacer con la memoria, con la realidad
en la mitad de esta derrota o alma?
Alma a quien todo un pueblo sangre ha sido...”*

Juan Gelman

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

El Nombre

*A todos los que perdieron su nombre.
Para Furé, por recuperar las historias de muchos.*

En cuanto llegó del Mercado de Esclavos, con un aro de hierro en el cuello, arrastrando cadenas, enflaquecido y desnudo, los blancos del ingenio le marcaron la espalda con un carimbo al rojo vivo y lo nombraron José. Pero su verdadero nombre era Jata y fue atrapado cerca del río Zaire. Allá era *nganga mune*: curandero, médico de su pueblo. Sanaba con rezos y barro, con plantas húmedas y fuego. Mataba espíritus de enfermedades con canciones antiguas y hechizos. Era venerado y temido, y su linaje de sanadores venía

desde que el *Manicongo Lukeni Lua Nimi*, fundó el antiguo reino del Congo. Así que era Jata, no José.

La llamaban María Eleuteria de la Merced. Lavaba la ropa de la casona, los calderos y la vajilla, atendía el jardín y los hijos pequeños de los señores y, muchas noches, el blanco la tomaba por la fuerza en su camastro, tapándole la boca con un trapo, pero su verdadero nombre era Kanté y en su pueblo fue *Arugba*, la doncella virgen que llevaba en sus manos las peticiones y ruegos de todos, caminando despacio por el oloroso bosque de Osun hasta depositarlas con cuidado en el río Oxún, donde habitaba la diosa de la fertilidad y la sanación. Su oscura piel la distinguía entre todas las vírgenes. Se decía que era la más bella de las muchachas en muchas tribus y pueblos. Era Kanté, aunque la llamaran María Eleuteria.

El nombre africano de Natividad de Jesús significaba Corona de diosa: *Adeyeye*. Su nacimiento fue anunciado por los ancianos años antes de ser concebida. Si no la hubieran secuestrado cuando apenas era una niña, arrastrándola por el polvo, envuelta en una red, ahora sería *Ifagburé Adeyeye Nla Iyá*, la reina poderosa que su pueblo esperaba hacía años, a la que Dios daría poder en su lengua sólo para bendecir.

Los blancos no sabían de sus vidas antes de comprarlos. Revisaban sus dientes, sus brazos, espaldas y piernas, si estaban fuertes y sanos, solo eso. No les interesaban las historias de sus nombres ancestrales, qué significaban o quiénes los habían otorgado. Ignoraban que eran nombres pronunciados por divinidades de los bosques y las encrucijadas, que eran legados sonoros traspasados por parientes muertos a los que recién comenzaban a respirar y andar. Nombres de protección, secretos, que nadie debía saber. Y nombres comunes, que mencionaban apellidos familiares y oficios reconocidos. Nombres entregados en medio de la noche o de la lluvia, como una canasta sagrada, hecha con sonidos, sílabas de siglos.

No les importaba. Para ellos solo eran negros salvajes, ladrones, sucios, borrachos, mentirosos y reviraos. Hablaban y parecían animales gruñendo. No imaginaban la edad que tenían, ni de qué familia o pueblo fueron arrancados. No entendían sus palabras ni sus dioses, ni porqué gritaban cuando les vendían los hijos. Miraban sus marcas tribales y ojos oscuros y sentían que eran como animales al acecho, bestias

que en medio de la noche los desollarían vivos con el mismo cachimbo afilado con que cortaban la caña.

Temían. Y aquel miedo no se les iba con nada. Ni con el hierro ardiente con que los marcaban en el pecho o la espalda, ni con el dios nuevo que les imponían, ni siquiera con la muerte atroz que les daban cuando no querían someterse.

Por eso intentaban “civilizarlos”. Con cruz y látigo los obligaron a aprender el idioma de los amos, y siempre tenían a mano otros nombres para cambiarlos por aquellos impronunciables, primitivos. Los más frecuentes eran los de santos, mártires y vírgenes cristianos. Esteban, Tomás, Juan, José, María, Bárbara... Así nombraban a los esclavos a su gusto y antojo. Si era un negro robusto: José o Pedro. Si era una negra joven: María o tal vez Francisca. A Babatunde le pusieron Andrés, y a Oluwole, su hijo, la señora lo hizo bautizar como Juan de la Cruz. Nicolasa Epifanía era criolla, pero su madre conga, a escondidas, le llamaba Matamba. El mandinga Leocadio Trinidad era uno de muchos que no recordaban ni su propio nombre. José de Jesús Nazareno, Felipa, Gertrudis, María Eloísa, Baltazar, Hilario, Cayetano..., los nombres puestos para que olvidaran todo. Para borrar con letras nuevas

todo su pasado. De dónde venían, cómo hablaban, quiénes eran.

Sin embargo, en ocasiones, los esclavizados recordaban... Sí.

Como en visiones, veían caudales de ríos y lagos, bosques encendidos por luciérnagas y la luz de muchas estrellas, extensas llanuras... Pero, confundidos, olvidaban todo lo demás... ¿Cómo construían aquellas casas, redondas, con techos de paja seca y paredes de lodo y troncos...? ¿De qué manera diseñaban los senderos escondidos para ponerse a salvo de elefantes y tigres...? ¿Cuál corteza o fruto de árbol servía para sanar, cuál para herir...? ¿Cómo sembraban las semillas blancas y mágicas de los *baobabs*? ¿Y el león, seguía rugiendo en las noches...? ¿Y las hienas, continuaban riendo atolondradamente...? ¿Los gorilas espaldas plateadas seguirían golpeándose el pecho y alborotando en la floresta...?

Ya no recordaban...

¿Y aquellas flores, pequeñas y rojas que encontraban al borde de los caminos...? ¿Cómo se llamaban? ¿Y los árboles, altos, espigados, de donde extraían aceites y vinos...? La sopa de melón, el *egusi*, ¿cómo se hacía...? ¿Y el *funche*, y el *atasíoyá* que se ofrendaba en

la celebración de un parto de *jimaguas*, y el *akuaro*, el *guengueré*, el *calalú*, el *embuzimukaro*...? Tantos olores y sabores perdidos... El regazo de las *iyalás*, los bastones y la sabiduría de los *babalás*. Un amplio sendero custodiado por las ramas de frondosos baobabs. Las jóvenes sosteniendo un calabazo vacío en la cabeza pero... ¿dónde estaba el sendero hacia aquel río que recordaban...? ¿Por dónde la hoguera alrededor de la cual los jóvenes se sentaban a hacer bromas y bailar...? ¿Dónde las voces ceremoniosas de los *griots* cantando epopeyas y batallas legendarias...?

No les permitían recordar y algunos ya no querían hacerlo. Ahí estaban los cañaverales sofocantes llenos de escorpiones y *majaés*, los mayores restallando los látigos en sus espaldas para que trabajaran más rápido, las cadenas en los tobillos, los cepos como castigo, las orejas y narices cortadas si intentaban escapar, la tortura y la sangre... La muerte al final y comienzo de todo...

Poco a poco, dejaron de llamar *omi* al agua, a la madre *iyá* y a Dios *Oloddumare*. Tampoco levantaban a los hijos al octavo día al Cielo para que le diera un nombre. No tenían el permiso de nombrarse a sí mismos, ni escuchar las voces de las divinidades o

sus antepasados. No podían. E igualmente sentían que, en aquella tierra nueva, el sol no era el mismo, y tampoco el viento. No tenía sentido creer que la luna bramaba *Obadimeyi*, rey coronado dos veces, si luego venía el amo y sus ojos azules y nombraba al recién nacido Agustín. ¿Para qué las aves de la noche alzarían el vuelo en un chillido único a través de las nubes gritando Leiza, consagrada a Dios, a la niña acabada de nacer si después la blanca, sorda y ciega a todo, le ponía Carlota de la Merced a la “criollita”...? ¿*Keita, Wangari, Muta, Yoni, Bandoré, Okafor, Enam, Kainene, Ayó, Kene...*?

No.

Los niños nacían y muchos eran vendidos. Para que el blanco pudiera pagar alguna deuda o comprar una máquina nueva para el ingenio. A muchos los vendían aún antes de nacer.

A veces no tenían ni tiempo para darles un nombre.

¿Para qué aferrarse a algo...? Ahora pertenecían a los amos, ya no estaban en el reino de Dahomey, Nigeria, ni de Guinea o de Togo. Atrás quedó Camerún, Ghana, Senegal, Congo. Ni los *lucumíes*, ni los del *Calabar*, ni los *arará*, los *gangá*, ni *biohos*, *popós*, *minas*, *zapes*, *brícamos*, *mandingas*, *musundis*, *suamos*, *bibís*, *motembos...*

Absolutamente ninguno de los que habían arrastrado a aquellas tierras encontraba consuelo en sus muchas y diferentes palabras, dialectos, lenguas.

A la fuerza, tuvieron que aceptar los nombres blancos, aquellas palabras raras que no conocían y que desgarraban lo mucho o poco que recordaban.

Dejarían atrás sus bellos, potentes, ancestrales nombres: *Dakari, Nala, Dakodonu, Alia, Kimya, Ayó, Menelik, Ashanti, Omolayomie, Folasade, Ohenenana...*

Debían sobrevivir.

No obstante, todo era una confusión, un enredo de todos los infiernos. Demasiadas palabras para olvidar, enredadas con los vocablos desconocidos de otros esclavos, junto a los sonidos extraños y amenazadores de los blancos.

Los congos preguntaban a sus compañeros de encierro: *¿Kindiambo kotele mambo?* ¿Qué lengua habla usted? *¿O Dundo salakó?* ¿Quién es tu padre? Y no recibían respuestas.

¿Mano wuanyala? ¿Quién manda aquí? Eso sí lo sabían. El dueño de todo era el *Mundele*. El blanco. En vano mascullaban “*¡Kontoria kuako, kunankuako!*”, ¡la puta de tu madre! ¡Y echaban maleficios para que el

kunanfinda kimbara mundeles! “La muerte se llevaría a los blancos”.

Por otra parte, los yorubas inútilmente, clamaban a Ogún, el dios de los hierros afilados y la guerra, a Changó el de los truenos y rayos, a Oyá la diosa feroz de los huracanes y tormentas. Ni siquiera los *egungun*, los espíritus enmascarados de los ancestros, regresaban para defenderlos. Las *irawós*, las estrellas, se alejaban día tras día. Y el monte parecía no entender cuando murmuraban plegarias a Ewe, ni el sol cuando lo nombraban Olorun... Clamaban a gritos: *Laroye asu comaché ichá fofá guara omi tuto anatuto tutu babami cosi ikú cosi aro cosi ofó, arayé, cosi achelú cosi eún afonfó molei delo omodei*, pero *Ikú* la muerte, *Aro* la enfermedad y *Arayé* la tragedia regresaban una y otra vez, y siempre llegaban de las manos de los blancos.

No tenían paz, prosperidad ni salud. No tenían sosiego o esperanza.

Sin embargo, unos pocos conservaban su nombre verdadero y sus propias palabras para nombrar las cosas: los que escapaban a los montes, los que se arriesgaban a huir a las lomas, esconderse en cuevas, unirse a los palenques donde mujeres y hombres vivían en libertad. Los cimarrones.

Hasta los blancos, con tal de capturarlos, los llamaban por su nombre africano, aquel que aseguraban era difícil de pronunciar y aprender. Enviaban bandos a los ingenios cercanos y poblados. Tocaban la campana de la iglesia para avisar a los otros dueños de esclavos de la región y organizaban cuadrillas de rancheadores y perros entrenados para olfatear el rastro de los fugitivos.

“Se escapó del ingenio la Dulzura un negro como de 30 años, *gangá*, se hace llamar Kokoricolé, contestón y revirao...”, proclamaba un bando.

“Se busca negra como de 40, con marcas tribales en la cara, responde al nombre de Akinlabi...”, decía otro.

A veces, el único muchachito que dormía en el barracón, imaginaba lo que diría el bando que anunciaba su propia huida: “Escapó de sus amos un negrito como de 12 años. Se hace llamar Súyere...”

A diferencia de Leocadio Trinidad, Natividad, Felipa, José de Jesús y los otros, este muchacho espigado, de ojos intensos, sabía algo más.

Algo que le fue susurrado sólo para él.

Como aún era pequeño, no había vivido lo que sus compañeros de barracón. Sin embargo, toda aquella memoria había encontrado el camino para llegar a él.